



# Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

TIPLES CÓMICAS

LEOCADIA ALBA



La gente la recibe  
siempre con palmas;  
su talento electriza  
todas las almas...  
¡Olé, graciosa!  
¡vaya una *Niña Pancha*  
resalerosa!

## SUMARIO

TEXTO: Aviso.—De todo un poco, por Luis Taboada.—A mi amigo C... por José Esquertero.—Confidencias, por Eusebio Sierra.—P. B. H. X., por Antonio Peña y Goñi.—Donde las dan las toman, por Sinesio Delgado.—Aires de mi tierra, por Facro Irizoz.—La blondra, por M. Martínez Barrionuevo.—Santa Feotona, mártir, por Isidoro Coloma.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Leocadia Alba.—Tentaciones.—El drama eterno, por Cilla.

## AVISO

Conste que no se admiten para pago de cuentas ni suscripciones, las libranzas especiales de la prensa.

Todas las que lleguen á nuestro poder se considerarán como no recibidas.



No sé si sabrán VV. que á Cilla le han dado una encomienda. El estaba un día descuidado, haciendo sus monos, cuando vino uno y le dijo:

—¿No sabes lo que hay?

—No sé nada absolutamente. Como vivo aquí en la Peninsular, alejado del Cronicon de Huelin...

—Pues acaban de condecorarte,

—¿A mí?

—A tí.

—¡Pero, qué he hecho yo, Dios mío!

Y se puso á meditar.

Ello es que Cilla es Comendador, y desde que le han dado el título ya no quiere ponerse la americana, ni saludar á la portera, ni le gusta el queso manchego.

Yo le encontré el otro día discutiendo con la criada, porque ésta, al volver de la compra, le había dicho:

—Señorito; aquí en la cesta traigo una carta que han dejado para V. en la portería.

—¡Grosera!—gritaba el Comendador.—Mete V. mis epístolas entre la carne y el hígado de cerdo. ¿Ya no hay clases, ó qué?

—¿Pues, dónde quiere V. que las meta?

—En una bandeja de plata. Tratándose de un Comendador, no se pueden coger las cosas con los dedos.

El ya tenía frac antes de ser personaje, porque siempre le ha dado por la ropa, pero sólo se lo ponía cuando le convidaban á comer en buenas casas ó cuando iba de bailete. Ahora aprovecha todas las ocasiones que se le presentan para embutirse en la prenda; y la otra noche fué á Martín á ver á un corista que le debe cuatro pesetas, y se puso el frac.

—¡Pero, hombre!—le dijo Sinesio.—¡Te vistes de etiqueta para ir á Martín!

—Las personas de viso no tenemos más remedio que presentarnos así ante el mundo—contestó él.

Nadie hubiera creído que este muchacho, francote y sencillo como un segundo apunte, llegaría á echar estos humos y á envanecerse hasta el extremo de no querer beber el agua como no sea con azucarillo.

Hasta dicen que ha regañado con la novia y que está para casarse con la hija de uno que es miembro de la nobleza colegiada, y descende de otro que le ponía sanguijuelas todas las tardes á Felipe V y le hicieron Marqués de la Cisura Regia sólo por eso.

..

Nada perturba tanto á los hombres como estas preeminencias.

Hay quien se parece porque le den un cintajo, y pone en juego toda clase de recursos para conseguirlo.

Á fuerza de pretenderla y de molestar á un Diputado que hace en casa el agua de Colonia y los polvos para los

dientes, ha conseguido D. Balbino, acreditado droguero de la calle del Tinte, que le concedan una cruz sencilla de Isabel la Católica.

El Diputado iba allí todos los meses y decía:

—Deme V. treinta gramos de esencia de regaliz.

—¡Ay, señor de Telderete! ¿Qué ganas tengo de ser caballero sencillol—contestaba D. Balbino.

—Lo será V. antes de la primavera. Deje V. que me suelte en la oratoria, y veremos si me niega entonces una cruz el Ministro.

Telderete se soltó al fin y al cabo, y hoy el droguero es una de las personas más felices del distrito del Hospital.

La droguera está empeñada en que su esposo frecuente los salones, y tenga trato con personas de posición, y lleve muy limpias las uñas.

—Marcelino—le dice á lo mejor.—No despaches tú directamente. Deja que haga esas cosas el mancebo.

—No puede ser. Ayer tarde le pidieron media libra de sebo virgen para unas friegas, y despachó cal hidráulica en polvo. Un día mata á cualquiera sin querer.

—Pues yo creo que un hombre que tiene como tú una condecoración, no debe bajarse.

Lo primero que hizo la droguera cuando vió la cruz, fué llamar á la criada y decirle:

—Mire V., Pepa. Yo siempre he sido muy llana y con muy buenos sentimientos; pero á mi esposo le han condecorado, y no es cosa de que me dé V. malas contestaciones cuando la regañe, ni que sirva V. como antes la sopa en la cazuela, ni que tutee V. á los niños. No lo hago por mí; lo hago por la clase.

Desde aquel día D. Balbino es el primero que no tolera chanzas, y hace que el dependiente le trate con consideración y no fume delante de él, ni le pise los callos.

—Ceferino,

—¿Qué?

—¿Qué es eso de «qué»? ¿Está V. tratando con algún peón de albañil? Quitese V. esa gorra. Está V. viendo que el Estado me distingue con sus mercedes, y V. me pisa al pasar, y me pide V. un pitillo como si todos fuésemos iguales.

—Así, así; date á respetar—dice á D. Balbino, por lo bajo, su distinguida esposa.

Los parientes del droguero están muertos de envidia y le despellejan sin piedad; pero para que no se conozca la desesperación, han acordado regalarle entre todos el botoncito amarillo y blanco para el ojal de la levita, cosa que halaga soberanamente el amor propio de D. Balbino.

—¡Caramba, chico!—le dice uno de sus cuñados.—¡Qué buenas relaciones tienes!

—Pues no he hecho gestiones de ninguna clase. Ha sido cosa exclusivamente de Su Majestad. Como yo publico anuncios del unguento anti-eruptivo en todos los periódicos, se habrá fijado en mi nombre como droguero y como padre de familia acreditado... y *velay*.

Con motivo de la concesión de la cruz, se celebró el jueves último una reunión de confianza en casa de D. Balbino, á la que asistieron muchos parientes y conocidos. Él andaba por la sala luciendo el botón de la orden y dirigiendo frases cariñosas á sus convidados.

Uno le preguntaba:

—Diga V.: eso de la cruz, ¿da tratamiento?

—Hombre, yo no me he enterado bien, pero hay un guarnicionero en esta calle, que también es caballero sencillol, y mañana voy á mandar al dependiente para que se lo pregunte—contestaba D. Balbino.

Decía otro:

—¿Y tiene V. derecho á llevar la cruz siempre que quiera?

—Ya se ve que sí; pero yo no pienso ponérmela en la droguería. Eso queda para los vanidosos.

—Yo, si fuera V., la mandaba pintar en la muestra.

—Eso dice mi mujer, y puede que aún lo haga.

Ella no cabe en sí de gozo y á cada rato aparece en la puerta de la sala con una bandeja llena de dulces finos en una mano y una botella de Jerez seco en la otra.

—Vaya, tomen VV. un dulcecito—dice sonriendo.  
 Los niños la siguen, dirigiendo miradas amantes á la bandeja y murmurando:  
 —Que no se los coman todos, mamáta.  
 —¡Callen ustedes, mal criados!—les contesta ella por lo bajo.  
 Y recorre la sala rebotando felicidad, mientras el esposo, conmovido, dice, dirigiéndose á los amigos que le rodean:  
 —¡Si mi pobre padre levantara la cabeza y viese á su hijo elevado á caballero de Isabel la Católica!...  
 —Lo que debe V. hacer es retratarse.  
 —Ya pienso.  
 —Y publicar la noticia en los periódicos.  
 —Me lo han prometido también, pero á esos periodistas como no se les convida...

A la hora de cerrar este número, continúa la reunión en casa de D. Balbino.

En cuanto á Cilla, creemos que debe estar en el baile de la Embajada inglesa.

¡Como es Comendador!

LUIS TABOADA

### Á MI AMIGO C...

Tú te empeñas, caro amigo, en que yo no me enamore y así mi suerte mejore, porque es amor un castigo. He de regañar contigo si muestras ese interés. Tú te empeñas en que es la suerte del que enamora ver la ventura de ahora trocada en dolor después.

Al escuchar tu sermón filosófico-moral, pensara de ti muy mal á no saber tu intención. Las ilusiones ¿no son vida de los corazones? Pues dime: ¿por qué razones si eres feliz cuando sueñas, en despertarme te empeñas matando mis ilusiones?

Me tienes por desgraciado creyendo firme esa ley... ¿Puede quitársele á un Rey la gloria de haber reinado? Hoy estoy enamorado, y, si la fatalidad de pena una inmensidad para después me asegura, no llegará mi amargura donde hoy mi felicidad.

Si el mundo se ha de regir según tu modo de ver, no debiéramos nacer, pues tenemos que morir. ¡Dices que debiera huir de amor, por ser dolor fuerte para después!... De esta suerte hoy tu amistad me convida á que me quite la vida porque no llegue mi muerte.

Dices que amor es letargo que nos da una dicha iocierta, del que al cabo se despierta y es el despertar amargo... No le escucho y, sin embargo, que tienes razón advierto; al despertar, sé de cierto que estaré desesperado; mas no por haber soñado, sino por estar despierto.

Contra amor me quieres fuerte por ser funesto tirano. Yo lo estimo; pero en vano mi mal tu amistad me advierte. Me resigno con mi suerte: viendo el dolor á través de mi sueño... ó lo que es, soy feliz, mi alma lo jura. A cambio de esta ventura, vengan dolores después.

JOSÉ ESTREMEÑA.

### CONFIDENCIAS

—No puedo con Sinforosa y con su genio especial; se enfadaba por la cosa más sencilla y más trivial. ¡Y eran sus enfados buenos! No hay más que mirarme á mí; peso doce libras menos que cuando la conocí. Por eso he roto el hechizo y le di la despedida...  
 —¡Hombre!

—La última que me hizo no la olvidaré en mi vida.  
 —¿Qué fué?

—Lo voy á contar, y no lo vas á creer; fuimos en Julio á pasar dos meses en Santander. Y ya allí, en velera lancha, salí con mi amor un día á recorrer aquella ancha y esplendorosa bahía. En lucha con la corriente y á impulso del blando viento, navegamos lentamente

por el líquido elemento, en plática deliciosa el uno del otro al lado, ella hermosa, muy hermosa, y yo muy enamorado.

¡Oh, recuerdo encantador! No te puedes figurar lo dulce que es el amor bajo el cielo y sobre el mar.  
 —Pues si así causa alegría y presta al alma consuelo, ¿cuánto mejor no sería bajo el mar y sobre el cielo?  
 —¿Te burlas?

—Por de contado, mas sigue tu narración.  
 —De repente, á nuestro lado vimos otra embarcación, que, cruzando la bahía de sus remos al compás, volaba más que corría, y, es claro, nos dejó atrás. Esto indignó á Sinforosa, y levantándose airada, pues no quiere la orgullosa

que la venza nadie en nada, me gritó: ¡¡pronto! ¡á los remos! ¿ves cómo anda esa barquilla? pues me place que lleguemos primero que ella á la orilla.  
 ¡¡y que luchar y vencer, que provocándonos va; Yo dije: no puede ser; ella dijo: si será; repetí le negativa, ella insistió con coraje;

una palabra agresiva, otra después, un ultraje, cien más, que su boca tirada va desguachando á porrillo...  
 —¿Y al cabo?  
 —Una bofetada que me destrozó un carrillo!  
 —¡Bah! La cosa más sencilla que me pude imaginar.  
 —¡Si me arrancó una patilla!  
 —¡Bien!... ¡Patillos á la mar!

ESPERO SIZERA.

### P. B. H. X.

(Á DON SINESIO DELGADO)

¡Vale, jucundissime Sinesil! ¡Miseram linguam hispanam qui sub tam lentis maxillis erit!

¿Que por qué le hablo á V. en latín? ¿Y cómo quiere V. que me exprese en estos tiempos de Septiembre, de suscriptores, de obscuridades y de armonías?

Decía Augusto (ahí está Suetonio que no me dejará mentir), refiriéndose al porvenir que esperaba á Roma bajo Tiberio: «¡Desdichado pueblo romano que cae bajo mandíbulas tan perzozas!»

¡Desdichada lengua castellana, digo yo, que gime bajo el poder de las mandíbulas académicas!

¡Medrados estamos! Los italianos y los franceses purgan el idioma de dobles consonantes y de letras innecesarias; proceden al desbroce de todo lo que estorba.

Comprenden que el lenguaje debe seguir el movimiento de las artes y de las ciencias, movimiento admirable que se encierra en la palabra democracia; pero, entendámonos, no en la democracia falsa, convencional y repulsiva que se fríe en las cocinas de la política y del periodismo, sino en la fuerza irresistible que nos arrastra, á pesar de todo y contra todos, hacia un porvenir de libertad.

Y los franceses no dicen ya *yeux*, ni los italianos *conciossia-cosacche*, y si los primeros escribían antes *rhythme*, prescindían ahora de la primera *ache*, y lo mismo ellos que los italianos dan de mano á todo lo que en la expresión del pensamiento escrito implica molestia y sobrecarga.

Lo que, de treinta años á esta parte, se ha adelantado, por tal concepto, es indiscutible. Vivimos de prisa, andamos mucho, y el lenguaje corre con nosotros, amoldándose á nuestro paso, y ayudando á nuestra tarea de comodidad y de simplificación.

Sólo en España queremos, por lo visto, como siempre, retroceder en vez de avanzar. Los egregios académicos que velan por la pureza, por la limpieza y por la guapeza de nuestro idioma, se han propuesto adornar á la matrona augusta.

Y en vez de rejuvenecerla, en vez de aligerarla de las cofias, mantones y refajos de abrigo que la tenían condenada á perpetuo invierno, quieren ahora ponerla moños.

Primero vinieron los acentos á envolvernos en un lío tal, que no hay quién acentúe fielmente el castellano, como no sea académico ó tenga delante la gramática de la Academia.

Antes escribíamos sin acento todas las palabras acabadas en *ion*, y todos las pronunciaban perfectamente, porque á nadie le ocurría buscar la cadencia fuera del diptongo final. Ahora hay que instrumentar la *o*, añadiéndole un acento.

No hablo de las voces llanas que acaban en consonante, y necesitan el aditamento del ápice diagonal de derecha á izquierda; éstas se acentúan todas, pero ¡mucho ojo si terminan en *n* ó en *l*! En tal caso, no hay ápice; *cárcel*, se acentúa; *virgen*, no; *mármol*, sí; *márgen*, no. Y así sucesivamente.

Los académicos se divierten con nosotros, como los periódicos infantiles con su clientela, poniéndonos á la vista charadas y logogrifos, para que vayamos aprendiendo á aguzar la imaginación.

En otras partes limpian el camino; aquí lo llenan de baches. Ahora han agarrado la *ç*, la *ß* y la *ñ*, y las han arrojado á la ortografía *high life* para engomosearnos. Y el que no escribe Septiembre, y suscriptor, y obscuro, y armonía, es un destrozón.

Pero lo grande del caso es que nos pasamos la vida riéndonos y burlándonos de la Academia y de los académicos, y en cuanto los académicos y la Academia se proponen reírse y burlarse de nosotros, en justa reciprocidad, no hay uno que se levante á protestar contra las risas y las burlas.

Al contrario; bajamos la cabeza, y hasta alardeamos de su misión, adoptando todas las innovaciones sin discutirías, y propagándolas con un celo, un ardor y un entusiasmo, que debent enorgullecer á los moluscos de la calle de Valverde.

# TENTACIONES



—De una á seis de la madrugada... Y dice mi mamá que no pueden ir las niñas decentes. ¡Ya me va cargando á mí ser niña decente!



—¡Vaya una hembra! ¡Qué brazo!  
¡Qué contorno tan bonito!  
¡Quién se volviera mosquito  
para darla un picotazo!



—Sí, yo iría al baile; pero como soy tan irreflexivo, á lo mejor cometo una impetuosidad cualquiera.



—Sí; yo te amo como la tórtola al nido, como la flor al arroyuelo, pero ¡andal vamos á bailar un schotis ceñidito...



—Bien; tomamos un palco, tú llevas á Amelia, pero yo ¿á quién llevo?  
—A aquella rubia con quien ibas anoche.  
—No puede ser. —¿Por qué? —Porque aquella es mi hija mayor.



También en las casas de huéspedes hay picaronzos...



¡Uyyyy!... ¡qué rico!

Ni una voz que en nombre del progreso discuta la conveniencia de tales novedades; todos las aceptamos como mocetes bajo la férula de un pedagogo infalible, y vamos, como el loro del cuento, a donde nos quieran llevar.

¿Será verdad que los españoles hemos nacido para que nos traten a palos? A palo limpio tratan aquí a la literatura. ¡Y así anda ella!

Adelante con los faroles. ¿Vamos a poner moños a la ortografía? Pues vamos allá, y venga un cotillon con figuras traídas de la Academia.

Dentro de media docena de años escribiré a V., querido Sinésio, una carta, que será crema batida del lenguaje escrito, y pasará íntegra a alguna retórica del porvenir.

Véase la clase:

(Sinésio viene indudablemente del latín Sinépsius.) Egréxio Sinépsio:

Usted, que es un escriptor, photographo chispeante de nuestras costumbres, hombre sepsúco, y todavía no septénton, debe suscribírse a un banquete que damos a los dos héroes de la tauro-máquina, Lagartíxo y Phrascuélo, con asistencia del Chúpcht y del Obsión.

El menú es excelente; habrá vino de Xerez, aguardiente de Xaviér Ximénez, óstras de la Corúgna y séptas del Phærrrol. Para armonizar los gustos musicales habrá murga y orchéstra, y así no tendrán que quejarse los philharmónicos. Nada de obstentación; irémos a comer y no a hacer el óbso. ¿Acepta V.? Estará V. entre escriptores, pictóres, escultóres, poéptas y múpsicos Raphaél y Salvatór cuentan con V.; no hay excusa posible, puesto que le dedican a V. expresamente una extupénda ensalada de excaróla. Expresiones a Ciblla, y quedá de V., cómo siempre, afectísimo amigo,

PEGNA Y GOGNY.

Madrid, XXIII<sup>o</sup> dies anno Domini MDCCLXXXVIII.

## DONDE LAS DAN LAS TOMAN

Con eso que la sucede, señora, estoy aturdido. ¿Dice usted que no se puede aguantar a su marido?

¿Que cuando hacia el amor era todo un caballero, y hoy es celoso, traidor y a veces hasta grosero?

Lo creo, y dispense usted si añado que no me chocho. ¡Si fuera como antes fué sería una suerte local!

Debe ser horrible aprieto (yo también lo certifico) el de aguantar a un sujeto más de dos años y pico.

Porque el varar es hermoso; y siempre la misma cosa produce un tedio espantoso y una pesadez odiosa.

Antes, de novia, sería el que la llevó al altar un uerengue, una arropía de atractivo singular.

Galante, bien educado, el colmo de la prudencia, siempre limpio y atildado al llegar a su presencia.

Jamás le vería usted la barba mal recortada, ni una mancha en el *chaqueté*, ni un descosido, ni nada.

¿Y moralmente! Un dechado de virtudes y bondades, listo, activo y arrojado para las adversidades.

Y pintando su pasión cuánta dulzura, qué fuego! ¡Todo entero el corazón a los pies del niño diablo!

Después... cesó la incursa; la vida matrimonial tiene también su dulzura, pero de un modo especial.

Ya no hay afán ardoroso, ni penas devoradoras,

ni puede estar el esposo pulcro y limpio a todas horas.

A lo mejor, por azares de la compra ó del servicio, hay sus dases y tomares, en fin, gajes del oficio.

Se riño por cualquier cosa, y por una nimiedad se reniega de la esposa que mata la libertad.

Se piensa, más que en amor, en el cargo y en la data, y el idilio emarraigador se atrofia y se desbarata.

Y como hay almas traidoras y lenguas de los demonios, que atacan a todas horas la paz de los matrimonios,

hay que vivir ojo alerta en una alarma incesante, porque si se abre la puerta entra en seguida el amante.

De aquí que el pobre marido sea celoso y gruñón, puesto que por un descuido le dan la gran desazón.

¿Va usted comprendiendo ahora el por qué se cansa usted de esa calma aterradora que ve matando la fe?

Pues piense usted en seguida en cómo estará su esposo, que va pasando la vida bajo el yugo fastidioso,

con una señora así, como usted, ponga por caso, que ya no es haña, ni harí, ni viste de seda y raso,

ni le recibe risueña, ni le habla amante al oído, y casi siempre se empeña en dominar al marido...

Fiense usted en lo que debe el pobre esclavo pasar, ¡y diga usted, si se atreve, que no le puede aguantar!

SINÉSIO DELGADO.

## AIRES DE MI TIERRA

Allá en mi tierra y en un *puéblico* de la montaña, todas las mozas, después de misa van a la plaza; y al són de aquellas notas chillonas de nuestra gaita, se pasan todas las horas muertas baila que baila, buscando alegre gentil pareja yo me acercaba con otros mozos a los corrillos de las muchachas, y aunque insistia, no hacian caso de mis palabras, y todas ellas me despedían con calabazas.

—Vamos, chiquilla, no seas terca! ¡Vamos, Ignacia!

¿Por qué no quieres bailar conmigo?

¿Por qué no bailas?

¿No ves que pronto concluye el baile de la mañana?

¿No ves que es tarde, que queda poco y el tiempo pesa?

¡Mira qué cara pone el gaitero!

¡Mira qué cara!

¡Soplando tanto se está poniendo como la grana!

¿No ves, el pobre, qué esfuerzos hace con la garganta?

¿Por qué no quieres bailar conmigo?

¿Por qué no bailas?

—Porque en el pueblo todos los días disiendo andan,

que señoritos tenernos gustan

muy apretadas, y eso es pecado. — ¡Qué disparat!

¡Pues tiene gracia!

¡Precisamente bailar muy juntos es lo que agrada.

—Yó sí; ya quieres, pero si madre ver por ventana,

subir y... toma, sin más ni menos dar bofetadas.

—¿Pero es posible? No le hagas caso!

¡Sólo faltaba que te risiera, sin más motivos, por esa causa!

Dile a tu madre que a mí me consta cómo bailaba

cuando saltá con un mocico de buena fama.

Dile a tu madre que, siendo joven, aquí en la plaza,

ni daba brincos ni daba vueltas estrafalanas;

sino, al contrario, que a los *móttles* que le gustaban,

los oprimita como si fueran una cuecaña.

Dile a tu madre que es necesario, que te hace falta

bailar del modo que ella te dice que es cosa mala,

por si algún día te tienta el diablo y al fin te casas

y tienes hijas, para decirles que no lo hagan.

Baila conmigo y estoy seguro, porque eso agrada,

que ni a tus hijas has de decirles una palabra.

PICCO YRÁVZOS.

## LA ALONDRA

¡Qué sarcasmo! la decían la *Alondra*, porque tuvo cuerpo gentil y pico de oro: era blanca y alegre como los alborés y como la luz. Era florista, allá, en la tierra donde el sol calcina y los ojos de las mujeres matan. Pregoncaba sus flores en calles y plazuelas, y no era pregón el suyo, sino cántico glorioso, nota de fe, el poema de la copla en unos labios encendidos como los claveles que vendía. ¡Qué historia la suya! ¡Cómo la de cualquiera muchacha que vende flores! Entregó la mas preciada a un perfumado condesito... ¡Pobre Alondra! Aspiró a mucho, tendió las alas, llegó al cielo, y cayó de golpe.

Abrió los ojos a la caída, y se encontró con un antiguo pretendiente, modestísimo obrero, que la amaba con todo. Se casaron, pero sin entorpecimientos de iglesia: unieronse por contrato *serbal*. No leyó el cura epístolas, pero ella leyó en los ojos del hombre la gloria de su cariño. Le tuvo gratitud primero, y amor después. Como esposa, fué amante; como agradecida, esclava. Vivieron felices y tuvieron un hijo. Al casr el hombre de un andamio, se lisió para siempre; tuvo compasión de ella y se murió pronto: durante la enfermedad, llamó el hombre a las puertas de la casa. ¡Qué horrible era el hambre! Un esqueleto, más rígido, más inanimado que el de la muerte. Murió el hombre, y se encontró la mujer flaca y fea, para volver a sus claveles y volver a sus rosas; lo hizo, sin embargo, pero quebró pronto en su comercio: no pudo trabajar, pidió limosna, y allá va con el chiquitín en brazos; amábale con delirio, y pedía por Dios, para él. Se hundieron sus mejillas, se agrandaron sus ojos: llevaba roto el mantón, en jirones el vestido, los pies desnudos, colgando las greñas. Iba por el paseo implorando misericordia. Las señoritas que en otra época la compraron flores, mirabanla con mal gesto: no podía arrimarse; las hubiern manchado con el lodo de su mugrienta falda.

Veía la Alondra, agonizante, aquellos fastuosos decorados de las damas: con una mínima parte de aquellas cosas que tanto relucían en la garganta y en el pecho y en las muñecas de las señoras del paseo, hubiera comido su niño un año, dos ¡quién sabe si toda la vida! Porque cualquiera cosa de aquellas que centelleaban delante de sus ojos, valía más que su pecho, aquel pecho a que se agarraban los dientes del chiquitín con ansiedades de chacal.

Y entre aquellas mujeres de sonrisas melosas, de vestidos que crujeían, de cinturas estrechas, de rostros pálidos, de alhajas brillantes; entre aquellas mujeres que volvían los ojos con repul-

sión, cuando se aproxima á pedir la limosna bendita, hallábanse las madres, las esposas, las hermanas, las hijas de los hombres, como aquel á quien sencillamente entregó para que la hiciera pedazos á mordiscos, la flor más hermosa, la más galana, pero la única flor que no vendía... ¡Ay! mordiscos aquellos que daba el pobre chiquitín al pecho extenuado de la Alondra! eran puñales agudos que le hincaban en el corazón. Y conteniendo la dolorosa queja, avanzaba con la huesosa mano extendida inútilmente, ante la hilera de grandes damas, que lucían sus encantos en el paseo, empujada aquí, pisoteada allá, con sus ojos agrandados por las flagelaciones del hambre, sus mejillas hundidas, rota, harapienta, desgredada, contrastando con aquella brillantísima constelación de mujeres que parecían estrellas, y contrastando también su niño con aquellos otros, resplandecientes y bullidores, como la salud y como la alegría.

Ya no tenía flores que vender, pero tenía lágrimas que derramar; ya no tenía voz dulce para sus cantares, pero tenía un hijo para mantenerlo. ¡Ay! ¿Por qué la compraron flores y no la daban limosnas? ¿Por qué, Dios justo, si son hermanos las flores y los niños!

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO.

## SANTA FEOTONA, MÁRTIR

### FELICITACIÓN

Horrorosa visión de carne y hueso;  
cara de purgatorio; horrible cara,  
loco de ser habría quien pensara  
que en amorosa red me tengas preso.  
Pródiga en fealdades con exceso  
y de hermosura con exceso avara,  
si es divina tu hechura, hechura rara,  
pardiez que tuvo Dios perdido el uso.  
Suegra del mal humor, sin duda, tanto  
en el ánimo infunde, á cualquier hombre,  
tu temerosa fealdad espanto,  
que no extrañes, mujer, que hasta me asombre,  
que haya en la corte celestial un santo  
que se preste á ser santo de tu nombre.

ISIDORO COLOMA.



Supongo que habrán VV. leído el aviso que se inserta á la cabeza del periódico.

Pues bien; hemos tenido que tomar tal determinación, porque está visto que no hay quien cobre las letritas de marras.

Durante esta semana hemos hecho otros dos viajes y hemos emborrionado seis facturas. ¡Nada! no hay modo de presentarlas sin la más ligera mancha, porque las cifras le vuelven á uno loco.

Nos consta que lo mismo les está pasando á la mayoría de nuestros colegas...

Pero ¿qué hacen, que no se quejan?



El día 23 empezaron á circular duros nuevos con el busto de D. Alfonso XIII.

Y el mismísimo día 23 ya los habían falsificado.

Meditemos.



Por la calle arriba,  
por la calle abajo,  
¡cómo vas sin abrigo, en Enero,  
luciendo tu garbo!

Una cosa sin ejemplo  
tengo que hacer en el mundo,  
y es darte cuatro pesetas  
para que me des un duro

L. RODRÍGUEZ CABRERO.



En Zaragoza se publica un semanario titulado *Los dos Mundos*.

Bien.

Y en dicho semanario se ha empezado una polémica en verso, sobre si es mejor el hilo que el algodón.

Bueno.

Y empieza la polémica un Sr. D. Mariano Bausili, que firma como un hombre una composición titulada *Vamos á ver*, dedicada á D. Mariano Rivas.

Corriente.

La cual composición, salvas ligerísimas variaciones impuestas por los susodichos hilo y algodón, y en las que se ve á cien leguas que el firmante no entiende de coplas, está copiada del MADRID CÓMICO, en cuyo número 7.º se publicó, firmada por D. Sinesio Delgado, dedicada á D. Vital Aza, y sirvió de principio á la *Cuestión de faldas*, que recordarán todavía algunos de nuestros lectores.

Conque... ahora que haga los comentarios el propio Sr. de Bausili, que se ha caído en el abismo de la inocencia.



Libros:

*Un fraile noble*, poema de D. A. del Álamo, con una carta del notable y batallador publicista D. Ramón Chfés. Revela el Sr. Álamo excelentes disposiciones para la poesía, y creemos que debe continuar cultivándolas.

*Sesenta años en un tomo*, apuntes para la historia política, social, literaria y artística de España, desde 1808 á 1868, por don Francisco Vila. El título de esta obra y el nombre del autor, indican su importancia y mérito.

*Los pecadores*, por S. Gomila. Poema que revelaría un poeta de verdad, si en obras anteriores no hubiera demostrado ya el Sr. Gomila que vale más que otros muchos que se *bombean* continuamente.

*Clasificación de productos para la Exposición Universal de Barcelona*.

*Los Domingueros y El Teniente cura*, sainete lírico el primero, y juguete cómico el segundo, estrenados con grandioso éxito en los Teatros de Variedades y Lara respectivamente, en cuyos carteles figuran todavía ¡y hay para rato! Con decir que ambas obras son de Constantino Gil, queda explicado todo.

*La Sulamita*, comedia en un acto por Marco de Costales. No se ha representado, y por consiguiente no se puede juzgar otra cosa que la forma literaria, que es muy agradable.

Tomo XII de *¡Solo para hombres!* que contiene cuatro cuentecitos como cuatro pimientos.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. F. de S.—Madrid.—Un poco vulgar; y no crea V. que es muy correcta la forma.

*Lulibol*.—No señor, no; ese sistema de acabar las composiciones, hace rato que no se usa.

K. K. O.—Tiene V. más razón que... en fin, vamos, que tiene usted razón.

*Discípulo Andrés*.—¡Si, para enseñar estoy yo! Y ahora menos...

Sr. D. J. C.—Valencia.—Las tres son flojitas. El album de cartulinas quedará corriente cuando se acaben las crónicas.

Sr. D. J. M. de L.—Morón.—Sirve. ¡Ya lo creo que sirve!

*Gavis*.—Adolece de las incorrecciones propias del que no se dedica á eso.

*Un peregrino*.—Pues es impublicable. ¿Que por qué? Pues porque esas cosas no se pueden decir así, en crudo.

*Uno que está empujando*.—Valladolid.—Sí, ya se conoce.

*Omal*.—Demasiado diluida.

*Un quidam*.—Pamplona.—Pero si eso no tiene piés ni cabeza!

E. U. Genio.—Se nos pasó la oportunidad, y luego... lo hemos sentido mucho. El epigramita último es fuerte. El otro no se entiende.

*Paiporia*.—Resulta una vulgaridad espantosa.

*Baturro*.—Mejores si los he visto;

¡pero más cochinos no!

*Tinieblas*.—Eso: en tinieblas se queda uno.

*Perdiz*.—Nada, nada; Giro mutuo antiguo, y nada más. Hoy salen los números que pide.

Sr. D. A. B. S.—Santander.—¡Se ha hecho tanto de eso!

*Un original*.—La idea es viejecita y además tiene poco saliente (y no lo digo por lo de la barriga).

S. K. D. T.—S. E. pigrana es malo.

Sr. D. A. M. de V.—Madrid.—Calma, por Dios, que ya le llegará el turno.

Sr. D. A. A.—Madrid.—¡Diantre! Eso es una copla popular corregida y aumentada.

Sr. D. D. R.—Madrid.—¿Pero V. crea que esas *verduras* pueden pasar en letras de molde?

Sr. D. D. V.—Tiene mucha gracia el asunto; pero la forma adolece de muchos defectos. Hay una porción de asonancias, de cambios de verbos, de consonantes intempestivos, etc. ¿No podría V. corregirlos?

Sr. D. A. B.—Madrid.—¿Y la medida de los versos? ¿Se la ha dejado usted en casa?

K. B. Zola.—Hombre, no sea V. tan chispeante, que tengo el labio *partido*.

MADRID CÓMICO  
EL DRAMA ETERNO



¡Cuántas palizas se habrán dado en este mundo con menos motivo!

ANUNCIOS

Lit. Espiritu-Santo, 18. Madrid

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS  
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 620

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

**COMPANÍA COLONIAL**  
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA  
**CHOCOLATES**  
**ACREDITADOS CAFÉS**  
**28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES**  
Y PARA SU DIRECTOR  
**LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR**  
en la Exposición Universal de París de 1878  
**TES.—TAPIOCA.—SAGU**  
BOMBONES FINOS DE PARÍS  
Depósito general. . . . Calle Mayor, 18 y 20  
Sucursal. . . . . Montera, 8  
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

De las crónicas ilustradas que con este título se publican en el periódico, se hace una tirada aparte en cartulina superior, con el objeto de formar un album elegante que constará de cincuenta hojas, una para cada provincia, y una de cubierta, conteniendo la portada y el prólogo.

Cuando se concluya el album, se venderá á los precios siguientes:

Sin encuadernar. . . . . 30 pesetas

Encuadernado en tela. . . . . 25

Cartulinas sueltas (cada una). . . . . 0,50

Para mayor comodidad del público y nuestra, los pedidos de cartulinas se servirán, tanto en Madrid como en provincias, de diez en diez hojas, á medida que se vayan publicando.

A librereros y corresponsales se hace el descuento del 30 por 100; es decir, que les costará cada cartulina 35 céntimos.